

Esa probable luz en los bolsillos de un mago

El viejo Hilario no acudió a la acostumbrada cita para comer el domingo en casa de su hijo Julio. Solía llegar con la vieja Paula del brazo, sentarse despacio, con lentos movimientos llevar los bocados y atender que ella, en progresiva arterioesclerosis, también comiera y no volcara el vaso. Todo en él era lento y apagado, salvo los ojos que preservaban un brillo sostenido, invariable, como el cristal.

Sus dos nietos adolescentes también acostumbraban a reunirse con ellos los domingos a mediodía. Esa vez había llegado Tomás, socio de Julio, de un viaje para promover las cajas de cartón que fabricaban, y con regalos porque había vendido bien. Las familias de Julio y Tomás convertían aquella mesa en una especie de jolgorio, reunidas para festejar los éxitos del viaje, y haciendo esfuerzos para no hablar de negocios: siempre alguien decía «estamos toda la semana con el tema», y por un rato lo abandonaban. Sin embargo, luego recurrían, ahora que los adolescentes planeaban introducirse en la pequeña empresa que demandaba aumento de mano de obra. Los hijos de Julio y la hija de Tomás discutían sobre la empresa ya como incorporados a la misma, pues desde niños habían escuchado la marcha forzada que debió seguir hasta consolidarse.

El viejo Hilario fue una pieza importante, aunque últimamente, sólo estaba abocado a trámites de contabilidad. Comieron abrigados por la conjetura de que el viejo se habría sentido cansado. Tenían que caminar dos calles hasta la parada del autobús; cada uno se representó de manera vívida su figura cansina con la vieja Paula del brazo, cuando la mujer de Julio argumentó que el mes anterior había ocurrido lo mismo. Por la tarde irían a verlos en el coche de Tomás.

Después de la sobremesa pusieron marcha hacia la casa de los viejos situada en un barrio del extremo norte de la ciudad. Bajó Julio, y luego ambas mujeres seguidas de Tomás. Oyeron sonar el timbre dentro sin que nadie acudiera a la llamada. Tomás se propuso subir por los tejados, él que era más ágil y emprendedor. Trepó la reja y ganó pronto los tejados que daban a la tapia del fondo. ¡Don Hilario, don Hilario!, iba llamando. Saltó al patio y se dirigió a la cocina donde había visto luz. El viejo estaba sentado a la mesa frente a una botella de vino a la mitad.

—¿No oyó el timbre, don Hilario?

Lacónicamente el viejo sólo repuso:

—Hola, Tomás—. Lo miró como ausente y preguntó:

—¿Quiere vino?—, sirviéndole apresurado un vaso cuyo borde tintineó a punto de romperse por el choque del cuello de la botella. El viejo llenó el suyo también y antes que Tomás dijera nada, lo empujó con mano temblorosa.

—Está bebiendo mucho, don Hilario. Voy a abrir la puerta de la calle pues vine con Julio—. El viejo no contestó.

Por la actitud de Tomás, Julio supo que su padre estaba raro. Se apresuró a entrar, con una especie de torbellino en la cabeza, entre la dificultad de explicar aquel súbito alcoholismo y la pregunta acerca de qué habría sido de su madre. Vio su sombra, entre ausente y perpleja en el dormitorio, mirando hacia la galería. La vio, frenó sin convencimiento: —Hola, mamá—, y continuó rumbo a la cocina; su mujer se ocuparía de la vieja Paula.

Don Hilario, tambaleante, intentaba levantarse de la silla. No hizo caso a Julio. Siguiendo un discurso circular, repetido para sí mismo, decía que Julián Sorel no fue amante de la señora Renal. Stendhal se había dejado llevar por el morbo literario. Podía dar fe de que no hubo carnalidad porque él, Hilario Contreras, también vivió en la primera mitad del siglo XIX. En ese entonces era profesor de latín y había conversado largamente con Sorel de colega a colega. Es cierto que éste estuvo enamorado de la señora Renal, pero, por la luz que lo alumbraba y por la que lo alumbraría en futuras reencarnaciones, Sorel no había puesto una mano encima de aquella mujer.

Julio se estremeció al oír a su padre hablar con el pensamiento desorbitado. Y más insoportable aún le resultaba que don Hilario hablase con aquellas ideas. El, que siempre se había burlado de su propio hijo y de Tomás, cuando ambos hacían lecturas teosóficas. Secretamente, en esa época, don Hilario acusó a Tomás de ser la causa de las nuevas inclinaciones de su hijo quien, de golpe, había suspendido la carrera de ingeniero durante unos meses, para progresar en la fábrica; y ya no volvió a la Universidad. Seguro —según él— que por aquellas lecturas teosóficas, y vaya a saber qué experimentos, que hacían creer a los ingenuos que las llamadas «doctrinas secretas» contenían todo el saber despreciado por las Academias científicas. Una vez se lo había insinuado a Julio.

No, no era éste el hombre de las inevitables lecturas de los «autores clásicos» antes de dormir. Libros siempre abiertos para releer y que Julio quizá contra aquella obsesión —o lo que creía una obsesión— no abrió nunca, pues tenía bastante con que su padre desde niño se los contara. Sí, él recordaba a Julián Sorel, pero su padre no era el mismo.

Acostaron al viejo Hilario que continuó hablando de anteriores reencarnaciones y que terminó conversando con personas amigas del siglo XIX, amigos a los que había dejado de ver después de que una bala de la gendarmería lo matara cuando reprimía la rebelión de París en 1848.

El médico le inyectó un sedante para hacerlo dormir; su diagnóstico confirmado en días posteriores, fue que don Hilario había entrado en «un proceso delirante agudo». Anduvo un tiempo inofensivo, envuelto en una delicada trama de extrañas ideaciones. Los cuidados de la enfermera y de un miembro de la familia, siempre presente, bastaron para acompañar la tremenda caída de los viejos. Doña Paula en ese estar como ausente y don Hilario en sus delirios. Aquello hubiera continuado lentamente resbalando la esperanza de una hipotética recuperación hacia la nada, si no apareciera el demonio de la persecución en el viejo acechando desde inexplicables rincones. Empezó acusando a la vieja de que lo espiaba cuando él lograba dormirse. Después elucubró que ella lo veía como a un ser pequeñito. Eso demostraba que pergeñaba asesinarlo. Una maña-

na lo había apedreado como a un pájaro. Iba a asesinarlo. Pidió que la sacaran de la casa porque era insoportable su presencia victimaria.

Don Hilario murió desencajado y absurdo, tan flaco que temían se desconyuntara, aunque exultante de una asombrosa energía mental. Entre sus largos y entrecortados discursos dijo que sentía el avance de la putrefacción en los huesos, pero que esperaba pulverizarse definitivamente para volver a la vida. Ese cuerpo inservible lo ataba a la existencia. Se corrompía; sin embargo, convertido en polvo él iba a estar habilitado para volver en otra edad, con otros fueros.

(Julio aún no ha podido recobrar la imagen de su padre en aquel estado. Siempre que intenta verlo, el viejo se le aparece como en años anteriores, cuando él era adolescente y su padre, con mano firme, dirigía una fábrica textil, por las noches se vestía de frac e iba a los cabarets con su mujer a bailar tangos. Esa es la figura con la que sueña, un hombre delgado y alto, a veces en camiseta blanca de algodón, moreno y con los ojos marrones, de palabras exactas, la risa blanca de todos los dientes.)

Doña Paula durante el velorio, estuvo sentada en un rincón de la sala, con las manos sobre las rodillas o sosteniéndose la cara. No dijo nada, salvo contestar con un sí o un no, y rechazó furiosa los intentos de arrancarla de aquel sitio. Parecía comprender los horrores del duelo, había pasado de la demencia a la tristeza. (¿Tal vez súbitamente consciente de que moría su protector, quien la había acompañado en los vacíos del colesterol irreversible?)

Habían llegado hermanos, primos y diversos parientes. El consejo de familia aceptó que la vieja presentaba una ostensible mejoría. Signos inequívocos: controlaba esfínteres, aparentaba comer, vestirse y arreglarse según deseos verdaderos. Aceptaron que aquello ocurría desde el velorio del viejo. Una extraña coincidencia psicológica. ¿Podría explicarlo un psiquiatra?

Julio, ejerciendo sus derechos de hijo, consultó al astrólogo que aseguró que el viejo Hilario nació bajo la misma constelación de fuerzas planetarias que su propia mujer. En efecto, el hombre analizó en los mapas astrales el momento de la muerte. Había sido un momento de gran concentración de influencias, para bien o para mal, según se encontraran las personas. Una teoría que entraba en lo opinable, sospechaba que por la muerte de un amante, la energía —el baraka— que liberaba podía condensarse en la otra persona. De ahí que no fuera asunto de astrólogo sino de otro sabio que —de ser cierta aquella teoría—, armonizase las energías multiplicadas en la sobreviviente.

El mago convocado por Tomás, quien había prolongado los estudios de teosofía con «gente poseedora de verdaderos poderes», llegó a las siete de la tarde. Al entrar dijo que notaba turbiedad en los colores del aura de la casa. Cuando Julio le pidió precisiones, contestó con algo vago:

—Son los efectos de la tristeza—. Después agregó: —Pero también indica la presencia de animadas fuerzas en confusión—.

Le dieron algunos datos biográficos elementales de la vieja Paula; también un prendedor de ella y una corbata del viejo Hilario, que el mago metió en un bolsillo de su chaqueta. Exigió que le despejaran una habitación; por lo menos de los muebles que hubiera en el centro. Pidió dos sillas e hizo sentar a la vieja en una, en medio de la